

«Una novela de misterio y de supervivencia, escrita con el buen ojo para el detalle de una naturalista y con un ritmo trepidante».

James Rollins, autor *best seller* de *The New York Times*

ALICE HENDERSON

SOLELIDAD

SALVJE

A person in winter gear, including a backpack and ski poles, stands on a snowy mountain slope, looking towards the horizon. The person is positioned between the words 'SOLELIDAD' and 'SALVJE'.

HarperCollins
Thriller

ALICE HENDERSON

**SOLEDAD
SALVAJE**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Soledad salvaje

Título original: A Solitude of Wolverines

© 2020, Alice Henderson

© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

© De la traducción del inglés, Celia Montolío Nicholson

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: HarperCollins

Imágenes de cubierta:

© Westend61/Getty Images (mujer); © Aaron Foster/The Image Bank/ Getty Images (cielo); © Images by Dr. Alan Lipkin/Shutterstock (montañas); © 99Art/Shutterstock (textura); © Pakhnyushchy/Shutterstock (textura)

ISBN: 978-84-9139-819-6

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Mapa](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[Epílogo](#)

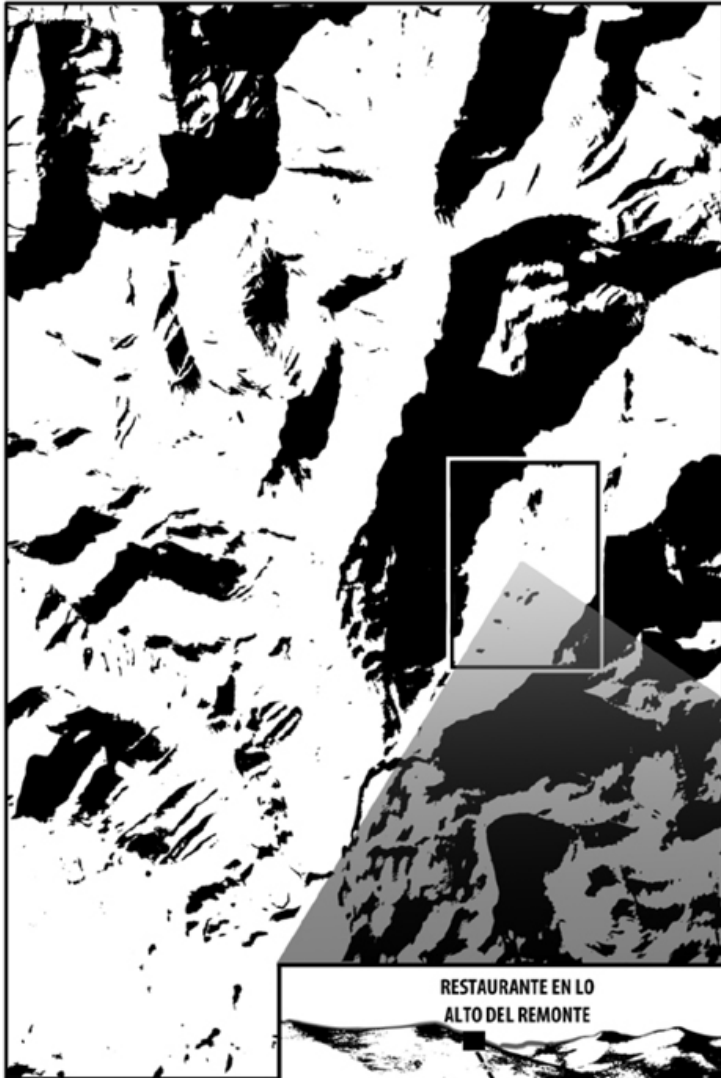
[Para saber más sobre los carcajús...](#)

[Agradecimientos](#)

A Norma, que compartió conmigo su afición a las novelas de misterio y siempre quiso que yo escribiera una.

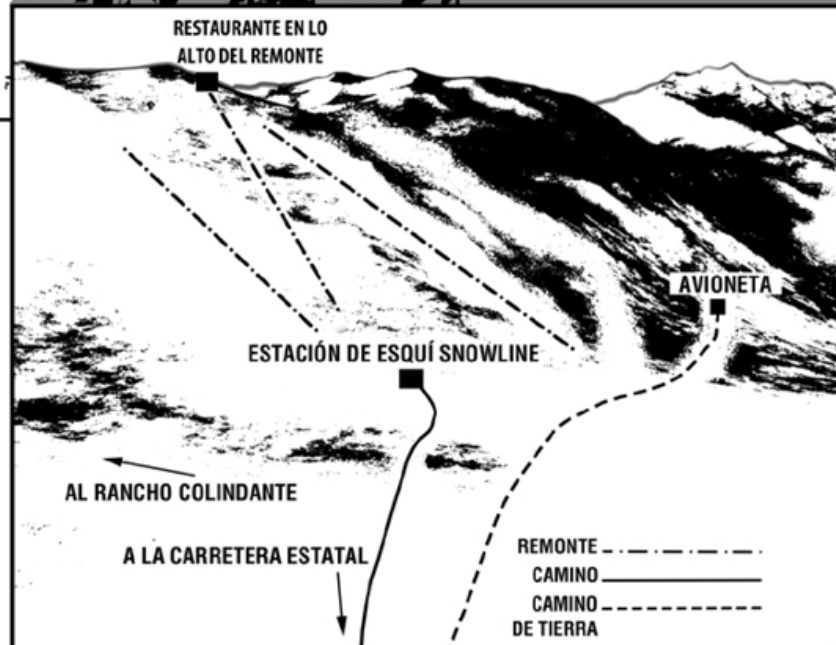
A Jason, por su apoyo y su estímulo sin límites.

Y a todos los activistas y conservacionistas que luchan para proteger a las especies amenazadas y los espacios naturales que son su hogar.



ESTACIÓN DE ESQUÍ SNOWLINE RESERVA NATURAL

NOROESTE DE MONTANA





Uno

La ceremonia de inauguración de los humedales estaba siendo un éxito clamoroso hasta que apareció el pistolero. Pestañeando bajo un sol radiante, con la mirada perdida en la verde zona pantanosa, Alex Carter se sentía feliz. El dorado y el escarlata del otoño acariciaban los árboles. Sin bajar la guardia, atenta a los retazos de cielo azul que se reflejaban en el agua, una garza azul esperaba vislumbrar algún pez. En estos momentos hacía sol, pero en el horizonte empezaban a acumularse los nubarrones, y Alex sabía que una tormenta caería sobre la ciudad antes de que el día llegase a su fin.

El concejal de Boston, Mike Stevens, subido a un escenario provisional, estaba soltando un discurso a un grupo de entusiastas de las actividades al aire libre que degustaban alegremente el vino y el queso del convite. Desde un rincón del escenario, una periodista de televisión con un peinado impecable y un immaculado traje blanco hacía señas al cámara para que grabase frases breves y llamativas. El cabello rubio resplandecía en torno al rostro rosado. Alex iba a ser entrevistada más tarde por ella, y tenía los nervios agarrados al estómago.

Se miró la ropa: vaqueros desgastados, un top térmico negro debajo de una chaqueta negra de forro polar. Botas de montaña embarradas. Llevaba la larga melena castaña recogida con una cola de caballo hecha deprisa y corriendo. No recordaba si se la había cepillado esa mañana, pero

sospechaba que no. Aunque Zoe, su mejor amiga, siempre le insistía en que el delineador destacaba sus ojos azules, hoy también había olvidado usarlo. Y tampoco se había dado una crema hidratante de color en la cara, que se temía que tenía un aspecto especialmente pálido y nervioso.

Christine Mendoza, la fundadora de Salvemos Nuestros Humedales ¡Ya!, se acercó a Alex, sonriendo a la vez que se remetía por detrás de la oreja unos mechones despeinados por el viento. Le tocó cariñosamente el codo y susurró:

—Gracias por venir.

—De nada, un placer.

El año anterior, Christine se había puesto en contacto con Alex para preguntarle si estaría dispuesta a hacer una evaluación *pro bono* de impacto ambiental para la zona. Una promotora inmobiliaria había anunciado planes para construir apartamentos de lujo y locales comerciales que desplazarían a más de cien especies de aves. Durante el último año, Alex había vivido en el centro de Boston, a años luz de los espacios agrestes que su corazón pedía a gritos. Ayudar a salvar un rinconcito de naturaleza había sido una delicia.

Después de que Alex entregase su informe, la comunidad ecologista habló alto y claro, asistiendo a reuniones del Ayuntamiento y enviando peticiones. Al final, la ciudad declaró que el hábitat era un espacio protegido y la promotora retiró su propuesta.

Y hoy era el gran día de la celebración.

Christine y ella miraron hacia el micrófono, donde Stevens estaba pontificando sobre la responsabilidad cívica y lo importante que era proporcionar espacios abiertos para el bienestar público. Lo cierto era que Stevens había sido una de las fuerzas impulsoras del proyecto inmobiliario después de recibir un cuantioso soborno de la promotora. Ahora intentaba desesperadamente salvar las

apariencias, haciendo como si hubiese apoyado la protección de los humedales desde el principio.

—¿Tú te crees, el payaso este? —le dijo Christine a Alex en voz baja, señalando con la cabeza hacia el concejal—. Ha estado en nuestra contra desde el primer momento. Hasta me envió mensajes de odio. Ahora hace como si todo el plan para salvar los humedales hubiera sido idea suya. —Movi6 la cabeza—. Madre mía. Ya sé a quién no pienso votar en las próximas elecciones.

Alex miró la sonrisa congelada del hombre.

—Me pregunto si tuvo que devolver todo aquel dinero...

Christine cruzó los brazos, el rostro aceitunado enmarcado por una mata de pelo moreno y ondulado mientras miraba al sol con los ojos entornados.

—Desde luego, se enfadó mucho cuando fracasó el proyecto inmobiliario...

Varias personas más se habían llevado un disgusto, incluida la compañía constructora a la que habían adjudicado el contrato de los apartamentos.

Pero a partir de ahora este hermoso lugar iba a estar protegido. Para la fauna silvestre iba a ser una reserva natural, y para los residentes un lugar de reflexión. No era frecuente que las cuestiones medioambientales se resolvieran de esta manera, y Alex no cabía en sí de gozo.

Cuando Stevens llevaba diez minutos de perorata, Christine se acercó a él y le lanzó una mirada elocuente a la vez que le decía con señas que pusiera punto final a su discurso.

—¡Disfruten de su nuevo parque! —finalizó entre unos pocos aplausos que se volvieron más entusiastas cuando los asistentes comprendieron que había terminado de hablar.

Mientras Stevens salía del escenario, la periodista le hizo a Christine un gesto con la mano para que se acercase.

—¿Eres tú la bióloga? Tengo que entrevistar a una bióloga.

Christine señaló a Alex.

—Es ella.

«Genial», se dijo Alex. «Lanzada a los lobos». Forzó una sonrisa mientras la periodista se dirigía a ella con ademanes de impaciencia.

—¿Carter? Acércate. No quiero que se me hundan los tacones en ese barrizal.

Alex subió al escenario.

—Bien. Venga, Fred, dale.

El cámara pulsó el botón de grabar y Alex miró a la cámara con aire perplejo. Varias personas se quedaron rondando por el escenario para escuchar la entrevista.

De repente, la periodista parecía una persona completamente distinta: su malhumor se transformó en una jovialidad incontenible.

—Les habla Michelle Kramer desde la ceremonia inaugural del nuevo parque de los humedales. —Señaló a su alrededor—. Toda esta zona se va a conservar como un valioso hábitat de especies silvestres. —Se volvió hacia Alex —: Doctora Carter, su estudio ha contribuido de manera decisiva a dotar a esta zona de protección. ¿Puede decirnos qué tipos de flora y fauna salvaje van a aprovechar este espacio?

—Además de las especies que viven aquí todo el año, hay muchas aves migratorias que después de volar cientos de kilómetros hacen escala en esta zona.

Michelle soltó una risita que sonó falsa.

—¡Cientos de kilómetros! ¡Espero que no lleven a sus hijos en el asiento de atrás, preguntando «¿Cuándo llegamos?»!»!

Desconcertada, Alex perdió por un instante el hilo de la conversación, pero consiguió reírse un poco.

La periodista echó un vistazo a las notas que llevaba apuntadas en el móvil.

—Entonces, doctora Carter, entendemos que, además de proteger áreas como esta, podemos hacer más cosas para ayudar a nuestras aves.

Alex sonrió y asintió con la cabeza, bloqueada por los nervios. Después, siguió adelante:

—Mucha gente desconoce que las aves migratorias se guían por las estrellas.

—¡Oooh...! Me encantan las estrellas. Seguro que las aves tienen una *app* de astronomía como la que tengo yo en mi móvil —dijo la mujer, otra vez riéndose tontamente.

Se habían acercado más personas al escenario para escuchar la entrevista.

—Aunque no dudo de que la aplicación les sería muy útil, por desgracia dependen de que los cielos estén oscuros para ver la Estrella Polar —dijo torpemente Alex, procurando no desviarse del tema—. Pero con tanta contaminación lumínica en las ciudades, las aves están en apuros. Se las puede ayudar apagando la luz del porche por las noches o instalando un sencillo detector de movimiento para que se encienda la luz solo cuando se necesita. Además, como sistema de alerta, una luz que solo se activa cuando alguien se acerca es mejor que una que luce constantemente.

Michelle se rio.

—Bueno, y ¿si de paso remozamos la casa y cambiamos el cableado eléctrico...? —Michelle sonrió a cámara, dejando a Alex con la palabra en la boca—. Y hasta aquí nuestro informe sobre el terreno. Bostonianos, no dejen de venir a disfrutar del nuevo parque.

A continuación bajó el micrófono y Fred apagó la cámara.

Un murmullo se extendió entre los presentes, y Alex vio que la mayoría se había dado la vuelta y estaba mirando en dirección contraria al escenario. Empezaron a retroceder, con la vista clavada en alguien que se iba abriendo paso entre la multitud. De repente, una mujer chilló y un hombre se giró y salió corriendo con el miedo dibujado en el rostro. Dejó la tierra firme y se zambulló en el agua, tropezando y cayendo de bruces en el barro.

Sumidos en un silencio escalofriante, todos se alejaron del escenario. Un hombre se acercó con paso firme, apartando de malas maneras a dos personas asustadas. En la mano, que tenía tendida hacia Alex, llevaba una pistola.

Alex se quedó inmóvil mientras el hombre se detenía al borde del escenario y la apuntaba. Le reconoció..., le había visto en varias reuniones comunitarias. Su empresa inmobiliaria había hecho la puja más alta para construir los apartamentos. Repasó rápidamente todas las posibilidades: ¿saltar del escenario? ¿Salir corriendo? ¿Intentar hacerle un placaje al tipo? El hombre agitó la pistola y apuntó al concejal y a Christine antes de volver a Alex.

—¡Me habéis destrozado la vida! —gritó, girándose y apuntando a la multitud. La gente chilló y echó a correr hacia la parte de atrás, empujándose unos a otros—. ¿Y estáis aquí de celebración?

El pistolero volvió a girarse, apuntando otra vez a Alex. La periodista le hizo señas al cámara para que sacara un primer plano, y el pistolero se volvió hacia ella con los ojos llenos de ira.

—¿Estáis filmando esto? ¿Os pensáis que es un espectáculo? —bramó.

La pistola se disparó tan de repente que Alex retrocedió de un salto. Le zumbaban los oídos. El impoluto traje blanco de la periodista se tiñó de rojo por la zona del estómago, y la mujer se quedó en *shock*, con la boca abierta, antes de desplomarse. El cámara soltó el equipo, salió disparado y se inclinó sobre ella. Sacó el móvil y llamó a emergencias.

La gente chillaba y corría, y el pistolero se dio la vuelta y disparó varias veces. La multitud se dispersó y Alex no pudo ver si había heridos. Varias personas se tiraron al suelo y, encogidas de miedo, miraban frenéticamente por encima del hombro. Un hombre con una gorra negra salió disparado y consiguió llegar al grupo de árboles más cercano.

El concejal, que se había quedado al lado de Christine paralizado por el *shock* y contemplándolo todo con los ojos abiertos como platos, dijo:

—David, siento que el proyecto no saliera adelante. Pero habrá otros trabajos, seguro.

—¿Y eso de qué me sirve? —le espetó David—. ¡Ya he perdido mi empresa! Nos fuimos a la bancarrota cuando esto fracasó. Mi mujer me ha dejado por un imbécil con pasta que juega al golf profesional.

—Lo siento —dijo el concejal—. Pero esta gente de bien no ha hecho nada para perjudicarte.

Alex solo quería escabullirse, ponerse a cubierto detrás del escenario, pero le preocupaba que el movimiento repentino provocase al pistolero. Eso sí, el concejal hipócrita empezaba a caerle bien. Al menos era lo bastante valiente para hacer frente al hombre.

—Joder, ¿me estás tomando el pelo? —dijo David, furioso—. Estas son ni más ni menos que las personas que me hicieron esta faena. Ponen el grito en el cielo por un maldito puñado de pájaros. ¡Pero mi empresa se fue a la ruina!

La mano de la pistola tembló de ira.

—Yo no —le aseguró el concejal—. Yo quería que el proyecto saliese adelante. Luché mucho para conseguirlo.

«Y ahora lucha por salvar el pellejo», pensó Alex.

—No lo suficiente. —El pistolero giró, apuntando a la multitud—. Y ahora me voy a cargar a todos los gilipollas que pueda.

El concejal saltó del escenario y salió corriendo mientras el pistolero se volvía y le apuntaba. Christine se quedó paralizada de terror al oír el estruendoso disparo que tenía como objetivo al concejal. Stevens se estremeció y cayó al suelo; después se levantó y siguió corriendo. La bala no le había dado. Christine, temblorosa, miró a Alex con el rostro desencajado y salió corriendo hacia ella. David siguió sus movimientos y apuntó contra las dos.

Alex saltó por la parte de atrás del escenario, tirando de Christine. Cayeron con fuerza y, agachándose bajo el minúsculo hueco de medio metro escaso de altura, se pusieron a cubierto. Oyó las botas de David subiendo a la plataforma. Se estaba acercando. En un abrir y cerrar de ojos estaría justo encima de ellas y empezaría a disparar hacia abajo.

Alex agarró la mano de Christine, susurró «¡Corre!» y salió disparada hacia los árboles más cercanos, que estaban a unos cien metros de distancia. Las botas de montaña chapoteaban sobre el terreno húmedo mientras corría en zigzag para ser un blanco difícil. En la hierba había matas duras que amenazaban con hacerla tropezar, y el suelo le tiraba de las botas cada vez que pisaba. Christine también siguió corriendo, y ya llevaban recorrido un tercio del camino cuando sonó otro disparo ensordecedor.

Alex se preparó para sentir dolor, mientras Christine, el rostro transformado por el pánico, la adelantaba por la izquierda. Pero no sintió nada. Estaba ilesa. Otro tiro fallido.

Alex se atrevió a mirar atrás. El pistolero les pisaba los talones, la mano extendida, la pistola rebotando erráticamente mientras corría. El objetivo era Alex, que viró hacia la izquierda y cogió impulso para correr más deprisa a la vez que oía otro tiro. Preparándose de nuevo para sentir un impacto de bala, de repente cayó en la cuenta de que esta pistola se había disparado desde un punto mucho más lejano que aquel en el que estaba David.

Desconcertada, se arriesgó a mirar atrás de nuevo y vio que David se había detenido y, con el cuerpo encorvado, estaba agarrándose con fuerza el brazo derecho. Le caía sangre de entre los dedos, y en el suelo, a su lado, estaba la pistola. ¿Le habría disparado alguien de la multitud? Pero no; la detonación había sonado demasiado lejos, a más distancia de la que le separaba del escenario.

Christine hizo una pausa y miró hacia atrás, confundida; Alex corrió hacia ella y la apremió para que siguiese corriendo hacia los árboles. El pistolero, mirando alrededor con furia, cogió el arma con la mano izquierda y volvió a dirigirse hacia ellas.

El corazón de Alex latía a mil por hora. Ahora que estaba más cerca de los árboles, vio que eran demasiado delgados para protegerlas bien. Al tipo le iba a ser muy fácil acertar si se metían allí. Presa del pánico, Alex barrió la zona con la mirada en busca de un lugar donde ponerse a cubierto.

—¿Qué hacemos? —gritó Christine, consciente del dilema.

El pistolero estaba cada vez más cerca. Apretaba los dientes para soportar el dolor, y por el brazo derecho, que le colgaba lacio, le brotaba sangre a chorros. La mano izquierda temblaba sobre la pistola, pero Alex sabía que no le costaría nada matarlas desde cerca. Impulsado por la ira, el hombre avanzaba tambaleándose.

Alex corrió hacia la derecha, haciendo señas a Christine para que se alejase en sentido contrario. Se separaron, y casi había llegado a los árboles cuando vio que estaban hundidos en un par de centímetros de agua estancada. Chapoteando, se abrió camino entre los troncos.

David se detuvo ante el límite forestal y alzó el arma, se tomó su tiempo para apuntar.

Alex estaba a escasos metros. Las botas se le hundían en el barro, frenándola. Entre ella y una bala solo había un tronco de quince centímetros de diámetro.

A lo lejos se oyó otro estallido. Horrorizada, Alex vio que una herida del tamaño de un pomelo se abría en la frente de David, quien se desplomó sobre el suelo empapado y se quedó inmóvil. El agua marrón se tiñó de sangre.

Alex obligó a su cuerpo a moverse. Christine estaba a unos quince metros de distancia, agachada detrás de unos árboles, y Alex, respirando con dificultad, llegó hasta ella.

Volvió la vista atrás. El pistolero no se movía. La bala le había entrado por la parte de atrás del cráneo y la herida de salida había sido demoledora. Era imposible que hubiera sobrevivido. Pero no estaba dispuesta a ir a comprobarlo. Se agachó al lado de Christine y susurró: «Hay otra persona armada». Por el ángulo de la herida, Alex dedujo que la persona estaba disparando desde la arboleda que se hallaba en el otro extremo del escenario, por donde había desaparecido el hombre de la gorra negra.

—Creo que deberíamos adentrarnos en la arboleda y tendernos en el suelo.

Eso hicieron, hasta que dejaron de ver la otra sección de árboles, entonces esperaron. Desde su posición, Alex veía que la muchedumbre se había dispersado y había huido hacia la carretera que estaba en la otra punta del humedal. El cámara se había tendido al lado de la periodista y miraba a su alrededor, los ojos abiertos como platos a causa del miedo.

Alex empezó a respirar aceleradamente, invadida por un torbellino de pensamientos. ¿Quién había disparado? ¿Un segundo pistolero? ¿La policía, tal vez? ¿Habrían conseguido traer a un francotirador en tan poco tiempo?

Minutos más tarde, oyó sirenas de policía a lo lejos. El concejal estaba en la carretera, hacía señas a los coches patrulla para que se acercasen. Pararon dos coches, después de que les indicase dónde se encontraba el cuerpo del pistolero, los policías salieron corriendo hacia él con cautela, hablando a través de sus radiotransmisores de bandolera.

A medio camino, un hombre y una mujer les salieron al encuentro y señalaron a los árboles desde los cuales Alex pensaba que había disparado el otro pistolero. Los policías comunicaron algo por radio y siguieron avanzando. Dos agentes acompañaron al hombre y a la mujer de vuelta a la carretera.

Alex observó a los dos agentes principales, que corrían agachados. Uno se acercó al pistolero y el otro siguió por el límite forestal. A los pocos segundos estaba acuclillado junto a Alex y Christine, su reconfortante mano sobre la espalda de Alex. En su chapa identificatoria ponía «Scott». Las miró detenidamente.

—¿Están heridas?

Alex negó con la cabeza, y Christine consiguió susurrar: «No».

El otro agente se acercó al cuerpo del pistolero y le examinó la carótida. Se volvió hacia su compañero y negó con la cabeza.

Durante un tiempo indeterminado, Alex se quedó tumbada bocabajo sobre el barro mojado, con la sensación de que en cualquier momento la bala de un francotirador podría atravesarla. Por fin, los agentes anunciaron que estaba todo despejado. Alex y Christine se levantaron con dificultad, temblando de frío y humedad.

Los paramédicos llegaron a toda prisa para ayudar a la periodista y la subieron a una camilla. Mientras corrían hacia la ambulancia, el cámara iba a su lado. Los policías acompañaron a Alex y Christine desde la arboleda hasta el escenario. Alex no pudo evitar mirar al pistolero muerto..., un tipo normal y corriente, medio calvo y con barriga cervecera, vestido con una camiseta roja y vaqueros descoloridos. No podía dejar de mirarle. Tenía la sensación de que la policía se movía a su alrededor a cámara lenta. Sus pensamientos eran confusos y los sonidos estaban amortiguados, como si tuviera la cabeza rellena de algodón. Alex se quedó clavada en el sitio, temblorosa y con el corazón todavía acelerado, mientras llegaban más agentes.

Christine se acercó a ella y le cogió la mano, y durante unos minutos se quedaron en el escenario pegada la una a la otra, temblando y tratando de asimilarlo todo. En la periferia del humedal, la vida de la ciudad discurría como

de costumbre. Bocinazos de coches. Gente gritándose. Aviones y helicópteros zumbando por encima. Y ni siquiera aquí se libraba del hedor de los tubos de escape.

Allí sentada, sujetando la fría mano de Christine, una mujer a la que apenas conocía pero con la que había compartido una experiencia traumática, Alex se preguntó qué hacía aún en esa ciudad. Después de doctorarse en ecobiología, había venido para estar con su novio y cubrir una plaza de investigación posdoctoral sobre la parula americana, una pequeña parúlida migratoria. Pero Brad y ella habían roto hacía dos meses, y su trabajo de investigación había terminado incluso antes de la ruptura.

Hasta la ceremonia de inauguración, había considerado la posibilidad de quedarse allí, sin embargo, ahora que se encontraba en estado de *shock* en medio de aquel rinconcito agreste rodeado por una ciudad abarrotada de humanos dispuestos a ser violentos los unos con los otros, sabía que había llegado el momento de marcharse.

Christine y ella prestaron declaración ante la policía. Expertos en escenas del crimen atendieron a la prensa, y Alex vio que unos agentes acordonaban la zona. Finalmente, los dos policías que habían llegado primero al lugar del crimen las acompañaron a ambas a sus vehículos, diciéndoles que se pondrían en contacto con ellas si tenían más preguntas que hacerles. Mientras se subía a su coche, Alex miró al agente Scott y le preguntó:

—¿Saben qué ha pasado? ¿Saben quién era la otra persona armada?

Scott negó con la cabeza.

—No puedo hablar del tema. Lo siento. Pero seguro que en cuanto lo descubramos saldrá en todos los periódicos.

Alex arrancó. Lo único que quería era irse a casa, tomarse una taza de té bien caliente y acurrucarse en el sofá. Pero cuando llegó a su apartamento después de cruzar la ciudad, vio que Scott no hablaba en broma. Había un montón de periodistas esperándola, y ni siquiera había

aparcado aún cuando ya estaban arremolinándose alrededor de su coche.

Sobre sus cabezas, la tormenta desató por fin su furia, azotando la ciudad con la lluvia.

Dos

Los periodistas se apretaban contra la puerta del coche de Alex y le lanzaban preguntas a gritos. No conseguía abrirla. «¿La ha amenazado el pistolero?». «¿Qué ha sentido al presenciar semejante tiroteo?». «¿Temió por su vida?».

Se pasó al asiento del copiloto y logró salir. Las cámaras le soltaban fogonazos en la cara, los periodistas la acercaban a empujones hasta la puerta del edificio.

—Por favor, no tengo nada que decir. Solo quiero irme a mi casa.

Las piernas le temblaban mientras se abría paso entre el enjambre.

Los periodistas se agolparon a su alrededor sin parar de acribillarla a preguntas. «¿Cree que la víctima va a sobrevivir?». «¿Vio al segundo pistolero?».

Consiguió abrir la puerta y entrar, pero ni siquiera entonces dejó la prensa de grabarla y de gritarle preguntas a través del cristal. Su apartamento estaba en la última planta, y subió las escaleras fatigosamente.

Al abrir la puerta de casa, oyó que sonaba el teléfono fijo. Corrió a cogerlo con la esperanza de que fuera Zoe. Le sentaría bien oír una voz amiga en aquellos momentos.

Sin embargo, se trataba de un periodista insistente.

—¿Ha grabado con el móvil imágenes del tiroteo que esté dispuesta a vender?

Alex colgó, pero el teléfono volvió a sonar al instante. Esta vez oyó una voz aguda:

—La llamo de las noticias de la WBSR. Queríamos invitarla a nuestro telediario de esta noche para que describa el tiroteo.

A Alex le faltó tiempo para colgar, aunque el teléfono volvió a sonar al instante.

—¡Dejadme en paz de una puta vez! —chilló al auricular.

—¿Estás bien? —preguntó Zoe.

Alex soltó un suspiro de alivio.

—¡Zoe! Qué bien oír tu voz. La prensa me está acosando. Sí, estoy bien. Un poco alterada con todo lo que ha pasado.

—¡No es para menos! —resopló Zoe—. Estaba pendiente de las noticias de Boston por si salía tu entrevista, y cuando vi que había aparecido un pistolero, casi me da un infarto. Te he llamado al móvil, pero saltaba el contestador todo el rato.

Alex se sacó el móvil del bolsillo.

—Olvidé que lo había apagado justo antes de la entrevista.

Lo encendió. Le bastó oír la voz de Zoe, recordar la estrecha amistad que las unía, para que el estrés empezase a salir de su cuerpo a raudales. Había conocido a Zoe Lindquist en la universidad, cuando Alex había desempolvado el oboe que tocaba en el instituto para ingresar en la orquesta de una producción universitaria de *El hombre de La Mancha*. A Zoe le habían dado el papel de Dulcinea, y entre las fiestas de actores y los ensayos lamentables que duraban hasta las tantas de la noche se habían hecho muy amigas y no habían perdido en ningún momento el contacto, ni siquiera cuando Alex se fue a hacer el máster y Zoe se fue a Hollywood dispuesta a dejar huella.

—Ha sido aterrador —dijo Alex.

—¿Así que estabas allí? Quiero decir, ¿estabas justo cuando pasó?

—Sí. Y es una experiencia que me gustaría des-tener.

—Ya te digo. ¿Estás bien? ¿Pillaron al segundo pistolero?

Alex se acercó un taburete de cocina y se sentó. Por la ventana abierta todavía se oía el griterío de los periodistas.

—No lo sé.

Un trueno tremendo hizo vibrar las ventanas.

—Yo me habría muerto de miedo.

El aturdimiento en que llevaba sumida desde el tiroteo estaba empezando a disiparse. Cambió de postura sobre el taburete, apoyando un codo en la encimera y pasándose una mano por el rostro. Estaba agotada.

—Sí, fue una locura. —Exhaló un suspiro—. Zoe, ni siquiera sé qué hago en esta ciudad.

—¿No han mejorado las cosas con Brad?

—Las cosas con Brad directamente no existen.

Brad y ella habían dicho que era una separación provisional mientras se aclaraban. Desde entonces, se habían llamado por teléfono sin dar el uno con el otro, y de tarde en tarde se habían enviado algún que otro SMS, pero Alex tenía la sensación de que ambos sabían que lo suyo se había terminado. Ya habían roto una vez, después de que Alex tuviera una mala experiencia en su primer trabajo posdoctoral, pero en aquella ocasión habían logrado reconciliarse. Esta vez no lo veía posible.

—¿Y eso te alegra o te entristece?

—Supongo que, sobre todo, me cansa —dijo Alex.

Zoe guardó silencio unos instantes, y Alex oyó a alguien serrando al fondo y después unos gritos sobre la iluminación.

—¿Estás en un rodaje?

—Sí, harta de estar aquí sentada de brazos cruzados mientras la gente hace ajustes, se olvida del texto, zampa panecillos del bufé...

Zoe se estaba quejando, pero Alex sabía que le encantaba ser actriz.

—¿En qué proyecto estás metida esta vez?

—Es una de suspense, tipo cine negro, de época. Deberías ver qué pelos llevo ahora mismo. Como tenga que forzar una cerradura, horquillas no me van a faltar. ¡Y no veas lo que pica el traje de *tweed* que llevo puesto!

—Lo de que sea de época suena divertido. Así te puedes poner elegante.

—Eso es verdad. Pero también significa que durante el rodaje pueden fallar mil cosas más. Todo son prisas; total, para ir más despacio. El director se pasa el día gritando cosas como «Vaya, la toma ha quedado de maravilla si no fuera porque acaba de pasar el Corolla ese al fondo». O «Pero ¿no te he dicho que te quites el reloj digital?». Llevo aquí desde las seis de la mañana y todavía no han filmado ni una toma.

—Qué vida más dura.

Zoe se rio.

—¡Sí que lo es! Hace dos horas que se acabó la tarta de queso y arándanos.

—Dios mío, ¿cómo puedes sobrevivir en condiciones tan duras? Además, pensaba que habías dejado de comer arándanos.

Zoe siempre estaba haciendo dietas raras, buscando maneras de aferrarse a su juventud; a sus treinta años, ya pensaba que se estaba desvaneciendo.

—He vuelto a comerlos. Estoy haciendo una dieta que consiste en beber dos vasos de agua, comer un huevo, esperar cuatro horas y zamparme un puñado de cacahuetes sin sal y arándanos.

—Menudo banquete.

A diferencia de Alex, a Zoe le encantaba comer, así que sabía que tenía que ser una tortura para ella. Para Alex, comer era una necesidad, algo que había que hacer y, preferiblemente, con el menor lío posible.

—Se supone que te estira la piel de la mandíbula —explicó Zoe—. Aunque no entiendo cómo. Bueno, de todos

modos merece la pena.

Alex sentía lástima por Zoe, por la enorme carga que ponía Hollywood sobre las actrices para que fueran eternamente jóvenes, un patrón que no imponía a los actores masculinos y cuya consecuencia era que, en general, a medida que envejecían, a las mujeres cada vez les ofrecían menos papeles. Zoe vivía con miedo a que esto le sucediese a ella, a pesar de que aún le daban papeles fabulosos. Esto se debía, en buena medida, a su extraordinaria capacidad para hacer contactos y para conseguir que la gente se sintiera bien, así como a su increíble capacidad para halagar a las personas adecuadas aunque le parecieran unos pelotas insufribles.

—Bueno, y hablando en serio, ¿cómo estás? —preguntó Zoe, en voz un poco más baja—. Me refiero a lo del pistolero.

—De los nervios —respondió Alex con sinceridad—. Sigo con un poco de tembleque.

—¿Pensabas que te iba a disparar?

—¡Vaya si lo pensaba! El tipo se acercó mucho. De no haber sido por el segundo pistolero, seguramente no estarías hablando conmigo en estos momentos.

—Madre mía, Alex. ¿Hay por ahí alguien con quien puedas tomarte un trago?

—¿Quieres decir que debería llamar a Brad?

—Lo que quiero decir es que llames a alguien, a quien sea.

—Estoy bien —le aseguró Alex—. Solo necesito acurrucarme en el sofá y quedarme un rato temblando.

En ese mismo instante, un coche dio un bocinazo en la calle y Alex se sobresaltó. Alguien se puso a maldecir. Oyó que se cerraba de golpe la puerta de una camioneta, probablemente otro equipo de periodistas que acababa de llegar.

—Y sospecho que también necesito largarme de esta ciudad.

—¿Y cómo fue la entrevista para la televisión? —preguntó Zoe—. O sea, ¿crees que sirvió de algo?

—No lo sé. La periodista era un poco... vocinglera. —El mero hecho de decirlo le hizo sentirse mal; pensó en la mujer, que en estos mismos instantes estaría en el hospital, seguramente en manos de un cirujano—. Ni siquiera estoy segura de que ahora vayan a retransmitirla.

—Qué pena que no saliera como esperabas. Sé que estabas ilusionada. —Se oyó un timbrazo en el plató—. En marcha. Me necesitan en el plató.

—Vale. ¡Ánimo! Esperemos que lleguen refuerzos con tarta de queso y arándanos.

—¡Si con desear bastara...! —dijo su amiga—. De todos modos, no podría comérmela. Los arándanos sí, el queso no. Luego te llamo a ver cómo vas.

—Gracias.

Nada más colgar, el teléfono volvió a sonar.

Pensando, ingenuamente, que Zoe se había olvidado de decirle algo, Alex respondió. Una voz atropellada dijo:

—Soy Diane Schutz, del *Boston View*. ¿Estaría dispuesta a darme una exclusiva sobre su experiencia como testigo del tiroteo de hoy?

—No, no estaría dispuesta —dijo Alex, y colgó.

El móvil zumbó de repente sobre la encimera, sobresaltándola. Miró la pantalla y, al ver un número bloqueado, dio a *rechazar*. Volvió a sonar, y esta vez vio un número local que no conocía. La sola idea de hablar con más periodistas la aterrorizaba, así que apagó el móvil, se duchó y se cambió de ropa, por último, se desplomó sobre el sofá.

Vaya tardecita. Ni siquiera le quedaban energías para prepararse un té. Se quedó mirando la colección de cajas que su exnovio Brad había embalado y aún no se había llevado a su nueva casa. A Brad le encantaba esta ciudad, le iba de maravilla aquí, y sin embargo a Alex, con el paso